

LAS INCERTIDUMBRES DEL TIEMPO EN PRESENTE Y LA RECUPERACIÓN DE LA CONCIENCIA DE SER¹

*UNCERTAINTIES OF THE PRESENT TIME AND THE
RECOVERY OF THE CONSCIOUSNESS OF BEING*

Eduardo Cavieres F.

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile.
eduardo.cavieres@pucv.cl

Resumen

El Presente, para amplios sectores de la sociedad- especialmente los jóvenes- se experimenta como un gran signo de incertidumbre. Incertidumbre que muchas veces se reviste de una carcasa de aparente indolencia por parte de quienes terminan asumiendo el presente, su propio ahora del presente, como el momento y el espacio único donde esperan concretizar sin relación alguna de continuidad las propias, exclusivas y excluyentes expectativas. El fracaso del resultado de los logros, las más de las veces trae consigo la amplificación de las dosis de frustración cuya salida se vuelve a buscar –cual círculo vicioso– nuevamente en lo más acotado del presente. Sin embargo, combatiendo ese hiperrealismo se levanta el realismo de la historia; realismo que asume la unidad de los tiempos (Pasado-presente-futuro), la existencia de una naturaleza y de una sociedad cuyas consistencias no se agotan en el instante actual del presente y además el constante devenir de la Ciencia que muestra que no sólo la Cultura sino también la Vida y el Universo tienen Historia.

Palabras Clave: Crisis, posmodernismo, realismo, tiempos históricos, conciencia, optimismo histórico.

¹ Versión revisada de la Clase Magistral dada en la inauguración del año académico del Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. El 25 de abril de 2016.

Abstract

For broad sectors of society, especially the young, the present time is experienced as a great moment of uncertainty. Uncertainty is often covered with a shield of apparent unconcern by those who end taking their own current present as the only moment and space where they hope to achieve their own, unique and exclusive expectations. The failure of the result most often brings about the amplification of frustration. However, in fighting this hyperrealism, the realism of History rises; realism that assumes the unity of time (past-present-future), the existence of a nature and a society whose consistencies are not exhausted in the present moment. Also there is the constant evolution of science which shows that not only culture but also life itself and the universe have a history.

Keywords: crisis, postmodernism, realism, historical time, consciousness, historical optimism.

INTRODUCCIÓN

Hoy en día, pareciera que todo está bajo sospecha: el Estado, las instituciones, la historia. En realidad no es algo nuevo y, por el contrario, parece responder a procesos cíclicos en que los logros que se obtienen siempre se van distanciando, a veces rápidamente, de las expectativas que se generan. Desde un punto de vista social, la historia siempre cambia positivamente para las elites en el poder, o las nuevas elites que se hacen de él, y si es que ello sucede, a un ritmo cansino e insuficiente para la mayoría de la gente. Por cierto, todo queda sintetizado a través de nuestra relación con la historia, con aquella que estudiamos y que experimentamos. Los momentos heroicos del pasado o los triunfos sociales del presente dan más paso a la insatisfacción que a miradas plenamente optimistas acerca del futuro.

Por su propia naturaleza, las crisis en la historia traen preferentemente consideraciones sobre la unidad de los tiempos históricos, es decir, sobre una adecuada relación entre pasado, presente y futuro. En oportunidades, especialmente en sociedades más tradicionales que las actua-

les, se buscaba refugio en el pasado, particularmente en la siempre discutida confianza en el mito del eterno retorno. En otras oportunidades, especialmente en las sociedades más modernas, la esperanza se pone en el futuro. En la actualidad, la fuerza de la crisis y la complejidad socio-cultural a la cual se enfrenta la generación joven, agravada por las fuerzas del mercado y el consumo, provocan el vivir el presente y olvidar los otros tiempos.

No sólo se debe pensar en la historia en los términos que comúnmente lo hacemos, es decir, pensando en ella como una cuestión puramente humanista y centrada en individuos que piensan y resuelven por sí mismo la historia. También son históricas las ciencias y la tecnología y, de hecho, desde los umbrales de la modernidad, los llamados "científicos" han avanzado siempre más aceleradamente que aquellos ámbitos propiamente sociales o políticos. Han avanzado sobre el conocimiento de la naturaleza y, al mismo tiempo, se han apoderado de ella provocando una ruptura entre historia y ciencia. Las discusiones sobre el universo desde el siglo XVI, la idea del progreso en los siglos XVIII y XIX, y el racionalismo científico de los siglos XX y XXI que se presenta ya como la postmodernidad, no sólo provocan un distanciamiento colectivo sobre el mundo natural, sino que además ello deviene igualmente en un pesimismo respecto a las potenciales capacidades institucionales para conformar una mejor historia para todos.

Tanto la continua emergencia de nuevos relatos (a veces sin historia) o de nuevos discursos (a veces poco fundamentados) complican las actitudes y compromisos de los jóvenes al sentirse atraídos por propuestas que en definitiva son de carácter económico sin precisar los alcances o los futuros "pagos" colectivos por las prestaciones del presente.

Lo importante, por lo tanto, no es negar la existencia de crisis y menos aún las capacidades de los jóvenes para volver a tener proyectos históricos sólidos y fundamentados, sino insistir, a través de la experiencia histórica, que estamos en un mundo real, con una naturaleza real que no hay que soslayar, y con unas instituciones reales que no sólo hay que despreciar. Miradas más completas sobre el mundo en que vivimos, podrían permitir el redescubrimiento de la conciencia individual y social con disposición y fuerza para dar un nuevo salto histórico cualitativo. El presente ensayo, quizás no en el mismo orden de las temáticas enunciadas, pretende reflexionar sobre estas situaciones y, muy particularmente sobre las responsabilidades de los historiadores y los estudiantes de historia.

CONTEXTOS Y MIRADAS HISTÓRICAS E INTELECTUALES: LAS ANGUSTIAS DE LA HISTORIA

En los últimos tiempos, advierto un creciente cambio en las actitudes frente al futuro. Influidos por los acontecimientos del momento, el año 2000 parece ya muy lejano y desde allí para atrás la memoria histórica real se desvanece cada vez más fuertemente: la guerra fría; la competencia sin límites entre los Estados Unidos, la ex Unión Soviética y el entonces llamado peligro amarillo; las armas atómicas, la conflagración nuclear, todo aquello que vaticinaba la destrucción del planeta y el término de la civilización, si es que se conocen, aparecen como pertenecientes a otra época. En todo caso, habría que recordar que, en esas décadas, existía un paliativo: a nivel del inconsciente colectivo, la esperanza en un futuro que había que seguir tratando de construir; o volver a pensar en el eterno retorno, la vuelta a un nuevo ciclo de la historia que, aunque desconocido, podría dar nuevas luces a una humanidad desgastada por el tiempo y por sus propias acciones.

Siempre recuerdo uno de los primeros libros de historia que cayó en mis manos y que aún conservo. La *historia de la Humanidad*, de Hendrick Willem Van Loon, cuya primera edición se remontaba hacia 1921². Y lo recuerdo a lo menos por tres razones:

En la primera página, por una simple interrogación recordando a Alicia en el país de las maravillas, el libro de Lewis Carroll: ¿para qué sirve un libro sin cuadros?, dijo Alicia. Había que internarse en el tiempo y las imágenes e ilustraciones podían revitalizar el viaje. Es lo que pudiéramos y debiéramos hacer los historiadores y los estudiantes de historia en nuestros recorridos hacia el pasado.

En segundo lugar, por una alusión simbólica del tiempo:

“Muy al Norte, en la tierra llamada Svithjod, se yergue una roca. Tiene cientos de millas de ancho y otras tantas de altura. Una vez cada mil años llega un pajarito hasta ella para afilar su pico. Cuando a causa de eso la roca llegue a desgastarse enteramente habrá transcurrido nada más que un solo día de la eternidad”³.

² Van Loon, Hendrick Willem, *Historia de la Humanidad* {1921}, Edición Ercilla, 3ª edic., Santiago, 1949.

³ *Ibid.*, p. 14.

Los historiadores y los estudiantes de historia, deberíamos siempre considerar que nuestra experiencia vital es mínima respecto a las longitudes reales del tiempo. Hay que desgastarse por proyectos mayores y no por simples deseos de pensar que en un instante del presente podemos cambiar todo.

Por su epílogo o conclusión general. Al final del recorrido por la historia universal, una sola idea, con mayúscula: SIEMPRE SERA LO MISMO. Van Loon señalaba que:

“Mientras más medito en el problema de la vida, más me convengo de que debemos apelar a la Ironía y a la Caridad... son ambas buenas consejeras, la primera hace la vida agradable con sus sonrisas, la otra la santifica con sus lágrimas”⁴.

Siempre será lo mismo. Los historiadores y los estudiantes de historia debemos esforzarnos por conocer lo más que podamos de la historia, entendiendo que nunca la conoceremos totalmente, y si no la conocemos, no está sólo en nuestra voluntad, sólo en nuestro estado de ánimo o sólo en lo que cada uno pensamos en cómo debiera ser, la capacidad para cambiarla.

Hoy en día, la conciencia histórica se diluye en medio de incertidumbres, de nuevos cambios en las fuerzas de la historia, de las aspiraciones crecientes en demanda del consumo y de un individualismo exacerbado que niega las raíces del liberalismo y de la verdadera igualdad entre los miembros de una comunidad. Una igualdad más real sólo surge a partir de una imprescindible y necesaria relación de equilibrios entre los derechos y los deberes ciudadanos.

Diría que, ocurriendo una desproporcionada fuerza de los derechos sobre los deberes, especialmente en los grupos más jóvenes de la sociedad, esta situación se ha venido plasmando como lo más post-moderno en lo que se ha venido planteando como postmodernismo. Un postmodernismo imaginario ya que no sólo no se ha dejado atrás la modernidad, sino tampoco la sociedad tradicional o de antiguo régimen. Su argumento es un racionalismo sin fundamentos: la aceptación total de que, si todo aparece, todo es de nuestro dominio, individual o de grupo. En consecuencia, todos los esfuerzos deben concentrarse en el dominio de las cosas, de las instituciones, hoy: no interesa el pasado, tampoco el futuro. En 1998, en una entrevista, Erick Hobsbawn señalaba que el postmodernismo era una moda, como casi todas las olas de discusiones intelectuales y agregaba:

⁴ *Ibid*, p.581.

“Celebro el esfuerzo crítico que hace el posmodernismo de desconstruir y de analizar la realidad, pero no me gusta la negación que hace de la objetividad en la investigación del mundo. Y sobre todo no me gusta, y estoy en contra, porque niega la capacidad de la comunicación intelectual del universalismo y, por ende, de la posibilidad de hacer cambios. Para el postmodernismo nunca ha habido verdaderos cambios. Yo sigo siendo un gran defensor de la Ilustración, en sus versiones liberales, capitalistas, comunistas, socialistas, etcétera, pues permite la posibilidad del análisis universal y global, que me parece importante intelectual y moralmente. Tal vez los programas de mejoramiento de la condición humana no son realizables, pero sin el programa de derechos iguales para todos no se logra nada”⁵.

Negación de la objetividad, negación del pasado, negación de la historia. En estos términos, si generalizamos desde un punto de vista pesimista, es evidente que debemos pensar que estamos enfrentados a un cambio radical en el comportamiento social. En síntesis, se trataría de la superación definitiva del mito del eterno retorno, del volver a empezar, de las teorías de los tiempos cíclicos o en espiral. También, lo cual puede ser aún más trágico, el fin de la esperanza en el cambio, de la superación positiva de la historia en el futuro. Si ello es así, no responde a ideología ni a doctrina alguna. Simplemente es la aceptación de la indiferencia respecto al sentido de la vida histórica y de lo inmediatamente finito de cualquier existencia. El racionalismo, dentro del propio cristianismo, acepta que no tenemos por qué pensar que nuestro planeta permanecerá por siempre, que el Sol se regenerará eternamente, que el Universo no se modificará. Aceptamos, pero sin hacer nada en contrario, el problema del calentamiento global, pero, en todo caso, la vida sigue en presente y solucionando las urgencias del presente. Lo que se manifiesta como derechos ciudadanos, algunos evidentemente muy razonables, esconde la mayoría de las veces problemas profundos en las estructuras demográficas del mañana, especializaciones productivas forzadas y planificadas, un concepto de ciudadanos eficientes y disciplinados, y que cada vez, van opinando menos y menos. Se nos presentan miles de informaciones, pero no un mayor conocimiento de las cosas o de lo que realmente sucede. Podría pensarse en un retroceso histórico de un par de siglos que nos conduce a vivir realidades cotidianas

⁵ Swinburg, Daniel, *Eric Hobsbawn: La historia es universal o no es*, *El Mercurio*, Santiago 22 noviembre, 1998, E10 y ss.

que no causan sensibilidades o responsabilidades especiales sino aceptación y determinismo.

Hoy día, indirectamente a través de la tecnología, existe una mal tratada y mal informada influencia del pensamiento científico, que es igualmente histórico y que nos permite llegar a los tiempos lejanos de un Pascal que, viviendo en los inicios del proceso de reducción matemática del mundo, todavía podía exclamar: "el silencio eterno de esos espacios infinitos... me aterra"⁶.

Hoy son muchos los que han perdido el miedo y el respeto a las interrogantes mayores y ello se observa como otro mérito del postmodernismo. Aparecen estructuras de pensamiento que rápidamente se instalan sobre las existentes, nuevos manejos de codificaciones y decodificaciones, otros lenguajes. Los verdaderos sabios del siglo XX, y de lo que va corrido del s. XXI, se vuelven a pensar como nuevos alquimistas, constructores de un mundo mágico a su manera. Pero no debe olvidarse que estamos lejos de dominar la naturaleza. Se trata, sólo, de modelos de simulaciones y representaciones: el más mínimo microcosmo de un átomo es generalizable a la máxima dimensión del universo. Algo semejante a cuando vemos toda la historia de la humanidad a partir de nuestros propios intereses, de lo que nos gusta despreciando aquello que no nos gusta y según nuestros propios estados generacionales o de ánimo. El mundo soy yo, la historia soy yo.

MIRANDO HACIA EL PASADO: ¿IGUALES PROBLEMAS BAJO DIFERENTES CIRCUNSTANCIAS?

En todo esto hay historia. Sólo tomo algunos ejemplos. A partir de la historia. El primero de ellos, la forma como Lucien Febvre pensó el siglo XVI a partir del problema de la incredulidad:

"La historia es hija del tiempo. No lo digo en verdad, para bajarla. También la filosofía es hija del tiempo. Incluso la física es hija de su tiempo: la de Langevin ya no es la de Galileo, que no es tampoco ya la de Aristóteles. ¿Hubo progreso de una a otra? Quiero creerlo. Por tanto, los historiadores debemos hablar sobre todo de adaptación al tiempo. Cada época se forja mentalmente su universo. No lo elabora únicamente con todos los materiales de que dispone, sino con todos los hechos (verdaderos o falsos) que heredó o que ha ido adquiriendo. Lo

⁶ Pascal, Blaise, *Pensamientos* {1670}, Ediciones Cátedra, Madrid, 1998, p. 201.

elabora con sus propias dotes, con su ingenio específico, sus cualidades, y sus inclinaciones, con todo lo que le distingue de las épocas anteriores”⁷.

El siglo XVI, en particular, recoge el sentido de lo imposible, un mundo en que nada está estrictamente delimitado, de seres que por estar permanentemente cambiando sus fronteras, en un abrir y cerrar de ojos, cambian de formas, de aspecto, de dimensión. Las piedras se animan, los árboles se animan, los hombres se reaniman. El duende, caso típico, posee el don de la ubicuidad, rompe espacios y tiempos. Por lo demás, la propia sociedad se comporta de la misma manera. Una Francia sin límites precisos, rodeada de pueblos o aldeas bipartidas y hasta tripartidas, de propiedad incierta. En ese mundo, los científicos ya se habían puesto de pie. Avanzaban a otro ritmo, conformaban sus propios mundos. El mundo que todavía nosotros algo podemos entender. Colectivamente, aún nos sentimos cómodos con la ciencia del siglo XVI. Entendemos perfectamente la teoría heliocéntrica, aún nos maravillamos sentimentalmente con las estrellas, podemos usar perfectamente la fórmula utilizada para medir velocidad y podemos memorizar la velocidad de la luz calculada, también lo sabemos, exactamente el 22 de noviembre de 1673 por Olaus Romer⁸. A pesar de que en 1687, con la publicación de los principios de Newton el espacio prácticamente estalla a través de la astronomía, este espacio celeste todavía sigue al alcance de la imaginación humana. Pero, en general, socialmente, allí se quedó. Algo podemos hacer con ese conocimiento. Distinto es que nos hablen de los agujeros negros o del bolsón de Higgins. Simplemente nos perdemos. Acepto que entender estas teorías es de suyo complejo y por ello podemos simplificar la situación. En 1995, Jacques Derrida, fallecido en 2004, expresaba que:

“diría que jamás en la historia de la humanidad existió más distancia que hoy entre la capacidad manipuladora y el saber. Hoy muy poca gente es capaz de explicar a sus hijos cómo funciona aquello de lo cual vivimos cotidianamente: el fax (ya no existe), la televisión, el computador, el teléfono, el satélite, pero nos servimos de ellos corrientemente. Este distancia-

⁷ Febvre, Lucien, *El problema de la incredulidad en el s. XVI. La religión de Rabelais*, {1942}, UTHEA, México 1959, pp. 1-2.

⁸ Chaunu, Pierre, *El pronóstico del futuro* {1978}, Herder, Barcelona, 1982, p.215.

miento no solamente produce confusión, sino que produce reacciones de desarraigo, de desarraigo..."⁹.

De los desarraigos anunciados por Derrida, podemos pensar que el mayor es el desarraigo histórico, el desconocimiento de la historia acontecida o de la interpretación libre o aceptación sin cuestionamientos de la historia de la generación anterior. No es nuestra historia, no estuve allí, no me interesa discutirla. Queremos ser individuos o personas del s. XXI, sin embargo, olvidamos, porque no nos damos cuenta o no queremos hacer el esfuerzo que en el fondo, tanto en las ciencias como en las sociedades, la mayoría de las explicaciones finales tratan de representación del universo, del mundo, de la historia. Lógicas, pero sólo representaciones.

Otro momento. El siglo XIX. La enormidad de la naturaleza es abrumadora. Recordemos a Víctor Hugo: Mirad la tierra. El hombre está sobre ella, el misterio está dentro. En palabras de Víctor Hugo:

"No hay que imaginar que el infinito pueda pesar sobre el cerebro del hombre sin imprimirse en él. Entre el creyente y al ateo no hay otra diferencia que la que existe entre la impresión en relieve y la impresión hueca. El ateo cree más de lo que se imagina. Negar, en el fondo, es una forma irritada de la afirmación. La brecha prueba el muro. En todo caso, negar no es destruir. Las brechas que el ateísmo abre en el infinito parecen las heridas que una bomba pudiera hacer al mar. Todo se vuelve a cerrar y continúa. Lo inmanente persiste"¹⁰.

La negación, la crítica, el método, la razón, todos quienes se fundamentaron en ellas, tuvieron sus propios grandes éxitos: al lado de los hechos políticos y militares más relevantes, seguiría siendo impresionante hacer el listado de extraordinarios descubrimientos e invenciones científicas y tecnológicas en iguales períodos de tiempo. Recuerdo que cuando le preguntaron a Georges Duby cómo podía sintetizar la historia de la primera mitad del siglo XX en aquello que pudiese considerar como el de más persistente fuerza en el tiempo y de la mayor importancia, no dudó en responder que como consecuencia de todo

⁹ Zerán, Faride, "Derrida y el tiempo de la confusión", *Rocinante*, N°73, Santiago, noviembre 2004, pp. 4-6.

¹⁰ Hugo, Víctor, *Los Miserables*, Edición Cía. General de Ediciones, México, 1960, Preludio Filosófico, p. 37.

aquello, la síntesis se centraba en el aumento radical de las esperanzas de vida: más tiempo para vivir.

Tiempo. ¿Cuánto tiempo necesitará la ciencia o la tecnología más desarrollada de la actualidad para convertirse en historia? ¿Para ser parte de las estructuras mentales colectivas de la sociedad? ¿Para que podamos no sólo conocerla, sino también comprenderla? ¿Cuándo podríamos comenzar a conversar en términos cotidianos o coloquiales sobre las teorías de Stefan Hawkins? Paradójica o asombrosamente, preocupa y sabemos más de sus condiciones corporales que de su pensamiento y preocupaciones. Como a todo nivel, interesa más el cuerpo que la mente.

Problema del tiempo. En el más profundo significado de la historia nos relaciona estrechamente con la física. Los físicos son también filósofos. Para los historiadores, la filosofía de la historia debe seguir siendo importante. Allí se establecen una serie de puentes: ¿Por qué las ciencias físicas y matemáticas se observan distanciadamente de las ciencias biológicas y químicas? Quizás, porque a diferencia del siglo XIX, aunque el hombre siga en la tierra, el misterio ya no está dentro de ella y ha vuelto a estar afuera. Y si está afuera, ello incide nuevamente en el tiempo y en el espacio, las coordenadas de la historia por excelencia. ¿Es posible poder entendernos en los conceptos históricos y físicos sobre tiempo y espacio? Es indudable que llegará el momento en que tendremos que apropiarnos de un cierto lenguaje matemático común ¿Será otra historia? ¿Quiénes participarán de esa historia?

Por el momento, quedémonos con nuestra propia historia y nuestros propios tiempos. Siempre creemos que estamos frente a momentos y circunstancias que nos invitan a cambiar nuestras experiencias sociales e institucionales de una vez, de manejar la historia según sean nuestros legítimos, y a veces no tan legítimos, intereses. Al final, y debemos ser sinceros, seguimos recorriendo parte de los mismos empedrados que recorrieron nuestros padres. Ello, aun cuando no queramos reconocerlo. Cada generación piensa que es su momento. Y está bien que así lo piense. Y, a veces se tiene éxito. Pero, el éxito necesita de moderación, de convicciones reales, especialmente de mucho esfuerzo. Definitivamente, nada es gratis ni en la vida personal, ni en la vida social y menos en la historia. Nada se sostiene sólo con la gratuidad. Y los ejemplos en contrario no sólo son numerosos, sino también suelen ser dramáticos en sus desarrollos. La generación de alemanes que confiaron en las promesas de Hitler, aun cuando se sintió victoriosa por algunos pocos años, pagó muy caro sus livianos sueños en que sólo bastaba seguir al líder para ser por siempre felices.

Hoy vuelven a presentarse numerosas ofertas, pero cuando menos ofrezcan certidumbres sobre un futuro cercano, ellas deben ser menos creíbles.

FRENTE A LAS AFIRMACIONES DEL PRESENTE Y A LO IMPREVISIBLE DEL FUTURO

La afirmación del presente, junto a la negación del pasado, o de una selección muy ajustada de lo que no nos gusta de éste para con esos hechos elaborar toda una memoria social, se une a una prescindencia del futuro. Ello, aun cuando el porvenir es sin duda menos previsible que antes. Esta es una afirmación de Marc Augé, quien nos señala que antes los hombres eran capaces de imaginar su futuro incluso al precio del error... del error moral, por exceso de optimismo, y el error intelectual, por incapacidad de concebir la complejidad... Precisa:

“En la actualidad, estamos aprendiendo a cambiar el mundo antes de imaginarlo. Nos estamos convirtiendo a una suerte de existencialismo pragmático... Ese nuevo régimen que se instala poco a poco, pero inexorablemente, influye en la vida social al punto de hacernos dudar de la realidad. La democracia y la afirmación individual recorren caminos inéditos tan vertiginosos que nuestras sociedades a veces ni siquiera tienen tiempo de percibirlos. La catástrofe sería que comprendieran demasiado tarde que, si lo real se ha transformado en ficción, ya no hay más espacio posible para la ficción, ni para la imaginación. La buena noticia es que de esto precisamente podría nacer la fe en el porvenir. Pero, para conseguirlo, debemos apropiarnos primero de nuestro futuro”¹¹.

Sobre los problemas de la confusión del presente y de la falta de comprensión del acontecer histórico, me he referido constantemente a través de la última década. Y lo he hecho fundamentalmente a partir de lo más lamentable que le puede ocurrir a una sociedad y a una generación: el que la historia pase por ellas sin que se den cuenta de lo que ha venido sucediendo o pensando que todo lo estaban haciendo bien. Una vez más recuerdo un libro que pienso como uno de mis favoritos. *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, del historiador inglés Peter Laslett, cuya primera edición es de 1965, pero que tiene fuerza como para extender el problema central hasta nuestros

¹¹ Corradini, Luisa, *El porvenir es menos previsible que antes, Entrevista con Marc Augé. La Nación*, Buenos Aires 22 de mayo 2015, pp. 4 y ss.

propios días. Siempre estamos dejando atrás parte del mundo conocido hasta que éste termina por desvanecerse casi por completo. He insistido en una diferencia fundamental: el que nos demos cuenta, o no, de lo que va sucediendo. Que venga el cambio, pero que sepamos de qué se trata el cambio. No es fácil despertarse un día y encontrarse con una realidad desconocida, no deseada y en un mundo ajeno.

En medio de las dificultades, de las permanentes crisis, de las frustraciones y de las expectativas no cumplidas, la historia es y debe ser optimista por naturaleza. Siempre encontramos tiempos que nos permiten redefinir nuestras acciones. El mismo Laslett escribía que:

“puesto que solo podemos comprender apropiadamente a nosotros y a nuestro mundo, aquí y ahora, si tenemos algo con lo cual contrastarlos, los historiadores deben proporcionar tal cosa. Es verdad que la gente, las naciones y las culturas varían en la medida en que desean comprenderse a sí mismas en el tiempo de este modo, pero afirmar que ha habido alguna vez y en alguna parte una generación sin ningún sentido de la historia es ir demasiado lejos”¹².

¡Ustedes, jóvenes, representan una generación a la cual corresponde volver a pensar y reeditar el sentido de la historia!

¿Desde dónde? Fundamentalmente desde el mundo académico. Pero también en este mundo particular, en la Universidad, tenemos grandes desafíos. Chris Patten, actual Rector de la Universidad de Oxford, recientemente ha llamado la atención sobre que la libertad de expresión y la confrontación de ideas, base de la erudición, empiezan a verse limitadas en el mundo universitario. “El papel de la universidad es promover la confrontación de ideas, evaluar los resultados de la investigación con otros académicos e impartir nuevos conocimientos a los alumnos. La libertad de expresión resulta entonces fundamental, ya que permite conservar un sentido de humanidad común y mantener la tolerancia mutua y la comprensión que apuntalan cualquier sociedad libre. Eso, por supuesto, lleva a que las universidades sean peligrosas para los Gobiernos autoritarios, que buscan contener su capacidad de proponer preguntas difíciles e intentar responderlas” El problema va más allá. El mismo Patten advierte que:

¹² Laslett, Peter, *El Mundo que hemos perdido, explorado de nuevo* (1965), Alianza, Madrid, 1987, p. 310.

“En Estados Unidos y Reino Unido, algunos alumnos y docentes están intentando limitar las discusiones y el debate. Sostienen que no se debe exponer a la gente a ideas con las que está en fuerte desacuerdo. Además, afirman que se debe reescribir la historia para eliminar los nombres (aunque no el legado) de quienes no cumplen las reglas de la corrección política”¹³.

Por todas partes, la educación y las relaciones cívicas han perdido su espíritu crítico. Conviene al sistema, a los gobiernos, al mercado, que así sea. No hay recuperación de la educación, menos en el caso de la educación pública, sin espíritu crítico. Ustedes van a ser profesores: es vuestra responsabilidad volver a hacer de la educación un ámbito de formación de personas y no solo de capacitación instrumental o económica de producción medible en términos estandarizados. Ustedes van a ser historiadores: es vuestra responsabilidad la revalorización de vuestras propias individualidades para poder conformar comunidades de iguales: volver a apreciar profundamente la vida y el tiempo de nuestra experiencia humana; volver a descubrir el sentido de las cosas, nuestras relaciones con el pasado y nuestras proyecciones hacia el futuro. En suma, volver a mirar la naturaleza y la sociedad, ser parte de las mismas, hacerse cargo de la conciencia de cada cual para saber en qué espacio y en qué tiempo transcurre la historia, SU historia.

Jóvenes: recuerden que hay un momento para todo y un tiempo para cada acción:

Un tiempo para tirar piedras, y un tiempo para recogerlas;
Un tiempo para buscar, y un tiempo para perder,
Un tiempo para guardar, y un tiempo para tirar;
Un tiempo para callar, y un tiempo para hablar;
Un tiempo para amar, y un tiempo para odiar;
Un tiempo para la guerra, y un tiempo para la paz¹⁴.

Al finalizar, una vez más, hago más las palabras que en 1941 Lucien Febvre dirigiera a un grupo de alumnos de estudios superiores:

“Me gusta la historia. No sería historiador si no me gustara.

¹³ Patten, Chris, *El colapso de la mente académica*; Ideas. *El País*, 6 de marzo del 2016, p. 10.

¹⁴ De *Eclesiastes*, 3-5, 6,7 y 8.

Cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectual resulta abominable dividir la vida en dos partes, una dedicada al oficio que se desempeña sin amor y la otra reservada a la satisfacción de necesidades profundas. Me gusta la historia y por eso estoy contento al hablaros hoy de lo que me gusta”¹⁵.

BIBLIOGRAFÍA

Biblia, De *Eclesiastes*, 3-5, 6, 7 y 8.

Corradini, Luisa, *El porvenir es menos previsible que antes, Entrevista con Marc Augé. La Nación*, Buenos Aires, 22 de mayo 2015.

Chaunu, Pierre, *El pronóstico del futuro* {1978}, Herder, Barcelona, 1982.

Febvre, Lucien, *Combates por la historia* {1953}, Ariel, Barcelona 1970. Febvre, Lucien, *El problema de la incredulidad en el s. XVI. La religión de Rabelais*, {1942}, UTHEA, México, 1959.

Hugo, Víctor, *Los Miserables*, Edición Cía. General de Ediciones, México 1960, Preludio Filosófico.

Laslett, Peter, *El Mundo que hemos perdido, explorado de nuevo* {1965}, Alianza, Madrid, 1987.

Pascal, Blaise, *Pensamientos* {1670}, Ediciones Cátedra, Madrid, 1998.

Patten, Chris, *El colapso de la mente académica; Ideas. El País*, 6 de marzo del 2016.

Swinburg, Daniel, *Eric Hobsbawm: La historia es universal o no es, El Mercurio*, Santiago 22 noviembre 1998.

Van Loon, Hendrick Willem, *Historia de la Humanidad* {1921}, Edición Ercilla, 3ª edic., Santiago, 1949.

Zerán, Faride, “Derrida y el tiempo de la confusión”, *Rocinante*, N°73, Santiago, noviembre 2004.

Recibida 26 de abril de 2016

Revisada por el autor el 25 de mayo de 2016

¹⁵ Febvre, Lucien, *Combates por la historia* {1953}, Ariel, Barcelona 1970, p. 37.